

Patriotas

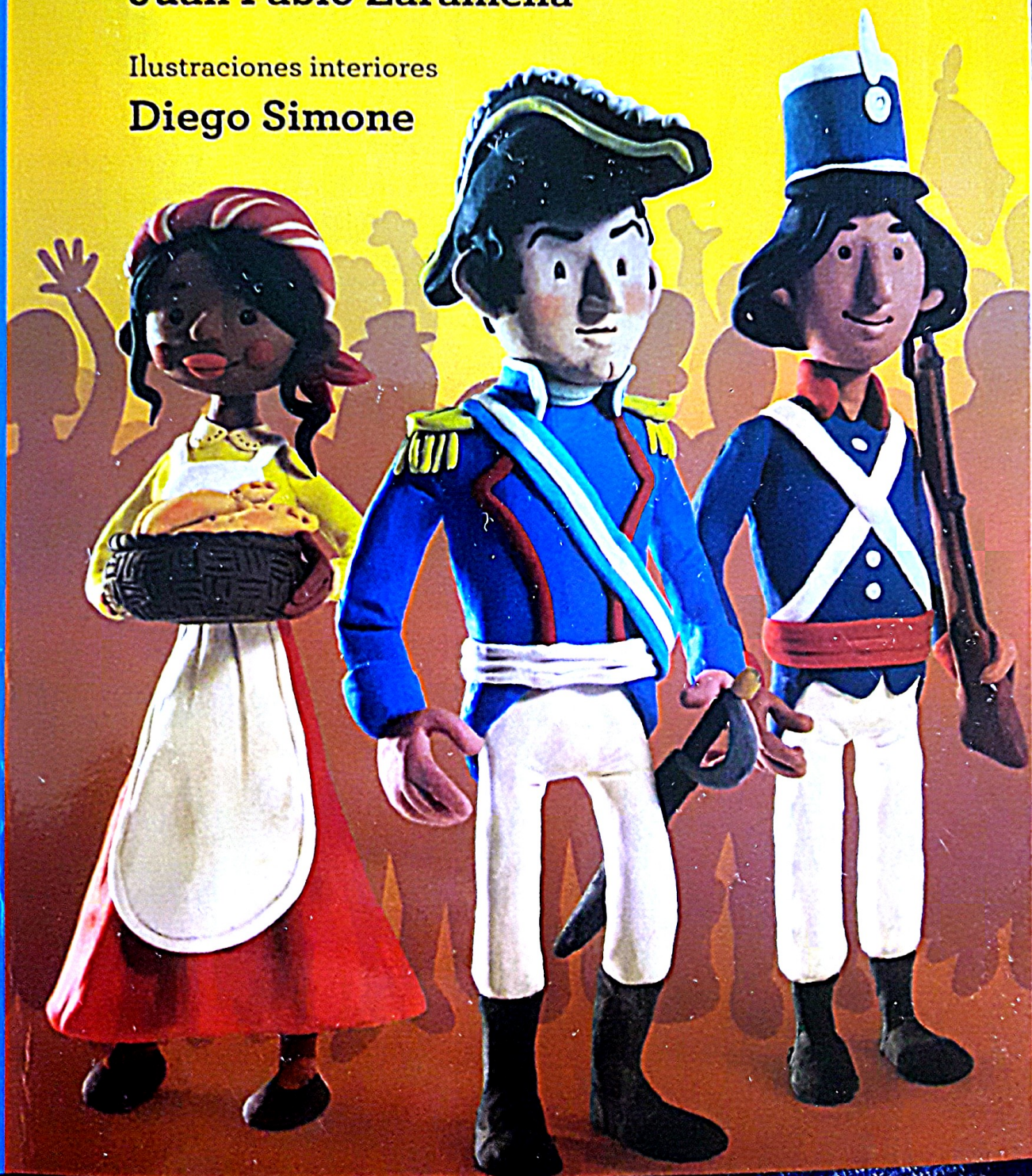
Mario Méndez
y Ana María Shua

Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Diego Simone



Méndez, Mario

Patriotas / Mario Méndez ; Ana María Shua ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Diego Simone. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2020. 64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre azul)

ISBN 978-987-545-866-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Simone, Diego, ilus. IV. Título. CDD A863.9282

© Mario Méndez, Ana María Shua, 2020
© Editorial Norma, 2020
Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: enero de 2020.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker
Edición: Laura Linzuain
Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti
Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Paula García
Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091633
ISBN: 978-987-545-866-6



Patriotas

Mario Méndez y Ana María Shua

Ilustraciones
Juan Pablo Zaramella
y Diego Simone

 Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Prólogo

¿Por qué seguimos recordando a Manuel Belgrano? Quizá porque, a doscientos años de su paso por este mundo, nos haya dado una forma distinta de mirar.

Belgrano era un hijo de su tiempo. Por su clase social privilegiada tuvo acceso a una buena educación, a las luces de su siglo: su destello particular, su impronta, fue ponerse al hombro una revolución para que esas luces estuvieran al alcance de todos.

Como ya sabemos, Belgrano creó la bandera, pero también defendió lo mejor que esos colores representan: la educación pública y gratuita, la integración de los pueblos originarios (a fin de que tuvieran acceso a los mismos derechos que el resto de la población), la instrucción de las mujeres más allá de las primeras letras, el reparto de tierras para que sus nuevos dueños las trabajen, el cuidado y la defensa de la agricultura, la industria y el comercio en el país.

Manuel fue un hombre de paz en tiempos de guerra. Sensible, amigo de sus amigos y hasta de sus enemigos, como Pío Tristán, que fue su buen compañero indiano en la Universidad de Salamanca, pero con quien luego se enfrentó en las batallas por la independencia de América: Pío defendía los intereses del rey de España; Manuel, los de los criollos, esclavizados y aborígenes que querían ser libres.

El padre de Belgrano había sido un esclavista, un realista acérrimo. Sin embargo, Manuel hizo todo lo posible por ser otro, por ser distinto.

Los cuentos que hoy los invitamos a leer recrean, en clave de ficción histórica, dos momentos que sucedieron en los tiempos de la revolución que Manuel ayudó a propagar en nuestra tierra y entre sus gentes: el Exodo Jujeno y el Congreso de Tucumán.

En *Los patriotas decididos* Mario Méndez nos relata, con su especial sensibilidad para narrar acciones y aventuras, una historia de amor que hubiera sido imposible antes de los tiempos de la revolución.

En *¡Tenemos patria!* Ana María Shua —con una pluma hermosa, íntima—, combina un clima cálido, casi de entrecasa, con las reflexiones del nuevo mundo que Belgrano les acerca a los protagonistas, luego de la sesión secreta en la que participó y que terminó de consolidar la independencia del país.

Ambos cuentos resaltan una de las intenciones más nobles de la época: la lucha por la abolición de la esclavitud, la intención de compartir un país más allá de la etnia, la clase social o el género.

Recordamos a Manuel Belgrano porque aquella revolución que comenzó hace más de dos siglos todavía sigue adelante.

Laura Avila

Los patriotas decididos Una historia de amor revolucionario

Mario Méndez

Don Vicente Brizuela era un hombre curtido en los trabajos del campo. Sabía todo lo que un puestero debía saber: arreaba las vacas del patrón por entre las quebradas y montañas de su Jujuy natal, sabía domar un potro, marcar el ganado, herrar un caballo, sembrar, cosechar... Y si hacía falta podía defender la hacienda de la amenaza de los cuatreros, que no faltaban, a punta de facón.

El viejo Brizuela era el puestero de la hacienda La Paloma, era viudo y era, también, el orgulloso padre de dos varones que se le parecían mucho: Juan y Esteban. A principios de 1804, cuando tuvo el accidente que le costó la vida tras la espantada de un caballo que lo tumbó contra

unas rocas, su hijo mayor, Juan, tenía diecisiete años. Y Esteban, quince. Después del breve velorio y del entierro bajo un árbol, el dueño de la hacienda, don Alcides Peñalba, los dejó a cargo del puesto: ese era el legado de su padre.

Tres años pasaron, sin novedad. Si les hubieran preguntado por su futuro, Juan y Esteban habrían respondido que vivirían en el puesto de la enorme hacienda durante mucho tiempo, quizá la vida entera.

Sin embargo, una noche de 1807, todo empezó a cambiar. En un campo vecino se celebraba un casamiento, al que los dos hermanos fueron invitados. Con sus ropas pobres bien limpias y remendadas, las botas lustrosas y la excitación de su primera fiesta, los Brizuela llegaron al convite, y para cuando se fueron, cerca del amanecer, ya nada era igual. Juan se había enamorado de una de las primas de la novia, y al poco tiempo empezó a cortejarla. Pasados unos seis meses le propuso casamiento y Paulina, que así se llamaba la chica, aceptó de inmediato. Juan habló con su hermano. ¿Qué debían hacer? ¿Él y Paulina debían buscarse trabajo y vivienda en otro sitio, o el menor debía dejar la casa paterna? Esteban no lo dudó. Era más joven y no tenía ningún compromiso, así que decidió partir. En la fiesta en la que Juan se había enamorado, Esteban había vislumbrado que había todo un mundo más allá de los límites de La Paloma, y quería conocerlo. Su hermano quedaría a cargo del puesto mientras él partía a la ciudad. Quería pasearse por las calles de San Salvador de Jujuy. Ya vería, en su momento, en qué trabajar: voluntad no le faltaba, como tampoco ganas de aprender.





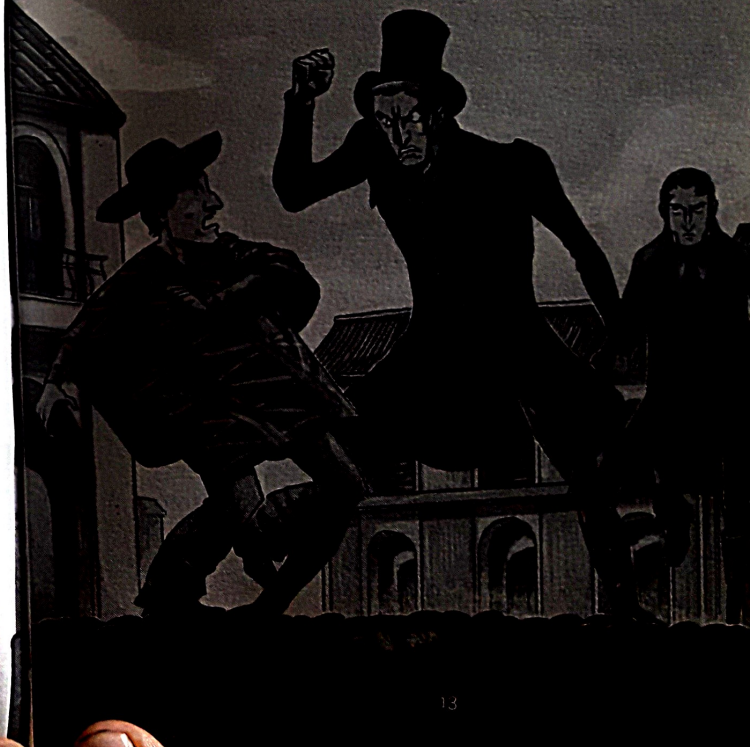
Durante un tiempo, Esteban deambuló por Jujuy, Salta y Tucumán. Conchabado en distintas haciendas, hizo lo que sabía hacer desde niño: trabajos de campo.

A fines de 1809 se sumó a un arreo que bajaba a Buenos Aires. Apenas llegado se deslumbró con el movimiento de la gente en la Plaza Mayor y con las conversaciones que se cruzaban en las esquinas, aunque aún no lograra entenderlas del todo. Pero poco a poco fue comprendiendo que las cosas, en el Virreinato, estaban cambiando.

Cierta mañana caminaba distraído por una calle cercana a la plaza, cuando chocó con un hombre de levita, un español que, después lo supo, era funcionario del Cabildo. Esteban intentó una disculpa, pero el otro no se la permitió.

—¡Gaucho andrajoso! —le gritó. Al tropezar, el barro de la calle le había manchado las ropas inmaculadas, y eso lo había enfurecido.

Más sorprendido que intimidado, Esteban retrocedió. Entonces, envalentonado, el funcionario pretendió levantarle la mano. En ese



momento, otro hombre, de grandes patillas y una levita tan elegante como la del español, se interpuso entre ambos.

—El joven le pidió disculpas. Lo golpeó sin ninguna intención. Acéptelas y siga su camino. Ya no es tiempo de abusos, el que estamos viviendo —le dijo el hombre de las patillas, mirándolo a los ojos.

El español dudó. Por un momento, Esteban pensó que sacaría un arma o intentaría golpear al entrometido, pero evidentemente no se animó a hacerlo, porque masculló unas frases ininteligibles y siguió su rumbo.

Esteban volvió a sorprenderse: el hombre que había intercedido en su defensa se reía abiertamente.

—No haga caso, mi amigo —le dijo cuando se le pasó la tentación, extendiéndole la mano—. Manuel Belgrano, a sus órdenes. Los criollos ya nunca más tendremos que correr del camino.

Esteban, todavía confuso, estrechó la mano que le tendían. Era la primera vez que alguien así, un señor a todas luces importante, lo trataba como a un igual. Y no lo olvidaría nunca.

En Buenos Aires se estaba preparando la revolución, y Esteban, que hasta unos meses atrás no sabía absolutamente nada de política, empezó a participar. Desde la mañana en la que el caballero criollo había intercedido por él, algo había cambiado en los sentimientos del gaucho jujeño. Ahora no se perdía las charlas en las que oía hablar de libertad, de independencia y de justicia. Y se sentía conmovido. No lo dudó: él sería parte de la revolución, en el lugar que hiciera falta.

Esteban fue uno de los hombres que rondaron la plaza, a las órdenes de French y de Beruti, la mañana lluviosa del 25 de mayo de 1810. Y fue uno de los que más gritó, alborozado, cuando entre los miembros de la Primera Junta de

Gobierno reconoció a Belgrano, que saludaba desde un balcón.

Transcurrido un tiempo, cuando supo que su admirado Belgrano conduciría al ejército que iba hacia el Norte, hacia sus tierras, Esteban decidió alistarse. Llegados a Rosario fue testigo de un hecho que sería clave en la historia, aunque el joven jujeño no pudiera siquiera sospecharlo. Firme en las filas, el 27 de febrero de 1812, a orillas del Paraná, el soldado Brizuela asistió emocionado al primer izamiento de la bandera. Y aplaudió, con todos sus compañeros, cuando el general Belgrano enarboló la insignia celeste y blanca.

Poco tiempo después, luego de un extenuante viaje, Esteban volvió a sus tierras, como un soldado más del Ejército del Norte. Sentía grandes deseos de reunirse con su hermano, al que no veía desde hacía tanto, pero sabía que no era momento para pedir permisos. Sin embargo, en una escaramuza cerca del arroyo Las Piedras, un disparo lo hirió en el hombro y entonces sí fue licenciado, hasta que la herida sanase.

Esteban se dirigió a la hacienda donde había crecido. Como correspondía, no fue directo a su rancho, sino que pasó primero por la casa grande, la residencia de don Alcides Peñalba y su familia, a presentarle sus respetos al patrón.



Su gesto, sin embargo, no encontró eco en el hacendado, que no solo no lo recibió sino que hizo, intencionadamente, una serie de comentarios despectivos sobre "los salvajes revolucionarios porteños".

El joven soldado comprendió que a don Alcides, criollo poderoso que se había enriquecido durante el Virreinato, no le gustaba nada lo que estaba pasando en América. Antes de seguir su rumbo hacia el rancho donde había crecido, paró a tomar agua del pozo que estaba en el patio trasero, junto a la cocina. Pensaba refrescarse y continuar de inmediato, pero apenas se asomó por la ventana cambió de idea. En la cocina, una muchacha a la que había conocido de niña iba y venía con el mate. Se la quedó mirando. Diamantina, la cebadora, la esclava que Esteban había visto aprendiendo las labores domésticas años atrás y que por ese entonces tendría unos quince o dieciséis años, se había convertido en la mujer más bella que hubiera visto nunca.

Con el sombrero en la mano, y una sonrisa abierta, entró a la cocina y pidió un mate. Miraba a la muchacha con disimulo, pero con insistencia. Y en un momento le pareció que ella le devolvería las miradas, con picardía.

Después de los mates, saludó y se retiró. Cuando subió al caballo vio que Diamantina caminaba hacia él con un último mate espumoso, el del estribo. No era costumbre que una esclava se acercara a una visita para llevarle ese mate final: era una libertad que la muchacha se había tomado, y que Esteban correspondió con una gran sonrisa. De fondo, mientras se alejaba al trote de su alazán, lo acompañaron los rezagos de Olinda, la negra que daba las órdenes en la cocina. Por el tono de voz de la mujer, Esteban temió que la osadía pudiera costarle cara a Diamantina.

Paulina y Juan lo recibieron con sorpresa y alegría. Apenas se soltó del abrazo de su hermano, Juan corrió al rancho a buscar a su pequeño, al que habían llamado como el abuelo.

—Este es Vicente, tu sobrino —le dijo Juan, orgulloso—. Y si el crío que viene en camino es mujer, se llamará Jacinta, como mamá —anunció, sonriente. Paulina se ruborizó: recién entonces Esteban comprendió que su cuñada estaba otra vez embarazada.

Durante la cena, Juan quiso saberlo todo sobre las andanzas de su hermano menor. Por qué pueblos y provincias había andado, qué trabajos había hecho, qué cosas había visto que él quizá nunca vería. Esteban le contó de los caminos polvorientos, de los pueblos y ciudades que había

recorrido y, sobre todo, de Buenos Aires: le habló de los cafés, de la Plaza Mayor, de los barcos anclados en la costa y, claro está, de la revolución.

—En cuanto se me cure el hombro, hermano —le dijo—, vuelvo al ejército. Ese es mi lugar.

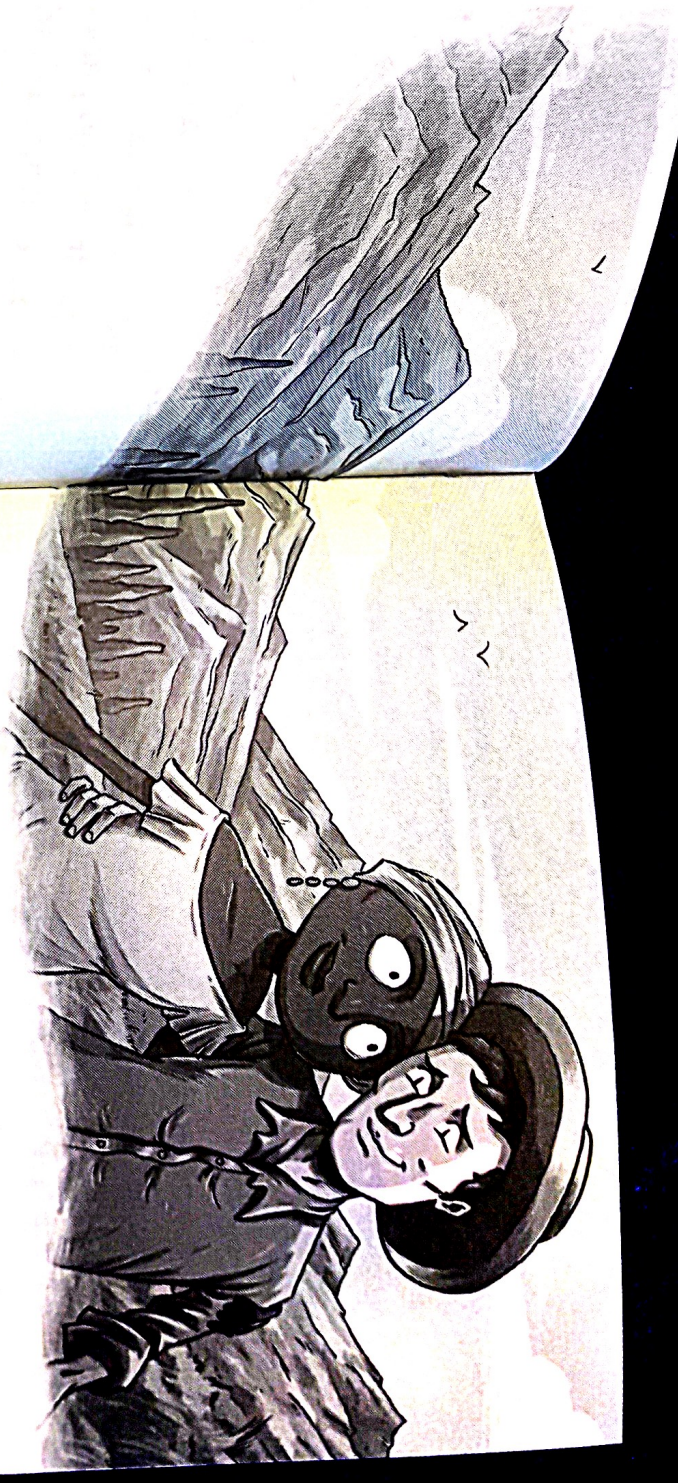
A Juan no pareció gustarle mucho la idea; era un hombre de paz, tenía un niño pequeño y otro por nacer, y si bien creía en la libertad y en la independencia, no estaba dispuesto a dejar su lugar de trabajo para tomar las armas.

—Cada cual lucha desde su puesto —le dijo Esteban, para zanjar la discusión—. Tal vez un día tengas que pelear por la patria, desde acá mismo.

Juan asintió. Ninguno de los dos hermanos podía saber que las palabras de Esteban eran premonitorias.

Después de la cena, cuando el matrimonio se retiró a dormir, Esteban salió a caminar por el campo que tanto conocía. Tenía la cabeza y el corazón divididos: por un lado, lo llamaba la lucha; por el otro, un par de ojos muy negros, y una sonrisa pícaro, le hacían cosquillas en el pecho. Suspiró, y se sorprendió a sí mismo: ponerse a suspirar en la noche, bajo las estrellas, no parecía muy propio de un curtido soldado. “En todo caso —se dijo con una sonrisa—, tal vez sí suspiraran así algunos combatientes: los enamorados”.

Casi dos semanas se quedó Esteban en la hacienda. Cada vez que podía, cuando apenas clareaba, al atardecer o durante las noches, rondaba la casa grande, en busca de Diamantina. Y ella, que lo correspondía, casi siempre encontraba una excusa para dejar su puesto en la cocina y encontrarse, furtivamente, con su enamorado. A los besos y los abrazos, Esteban su- maba las charlas con las que pretendía que su enamorada, nacida esclava, se convenciera de que no lo sería por siempre. Él estaba seguro, le decía en cada encuentro, de que en cuanto la revolución se afanzara, terminaría definitivamente con la esclavitud, como estaba terminando con los abusos que sufrían los criollos.



La libertad era un derecho, su derecho, afirmaba Esteban, y si no la conseguían por las buenas la tomarían por las malas, tal como planteaban los más fervientes revolucionarios de 1810.

Diamantina oía las palabras de su amado con una tibia esperanza, que muchas veces se tornaba escepticismo. Le costaba creer que los blancos, criollos o españoles por igual, fueran a terminar con la esclavitud. Cuando ella le decía esas cosas, Esteban se ofendía, protestaba por ella. Solo entonces Diamantina aflojaba su confianza, le echaba los brazos al cuello y le decía que sí, que juntos serían libres.

Una vez recuperado, Esteban anunció que se iba. Primero se lo dijo a su hermano y luego a Diamantina, que lloró al escucharlo. En San Salvador lo esperaba el general Belgrano con el Ejército del Norte, al que debía volver. A su hermano le dijo que había que asegurar la revolución. A Diamantina, que para ser felices primero tendrían que ser libres.

Esteban se reincorporó a su batallón, pero no le fue fácil. Al oficial a cargo no se le escapaba que había vuelto algo cambiado, y se permitió dudar de la voluntad del soldado Brizuela. Esteban no dijo nada. Sabía que tendría la oportunidad de demostrar su valor, y la ocasión le llegó a los pocos días. Desde el Alto Perú bajaban

las fuerzas criollas comandadas por Eustaquio Díaz Vélez. Estos hombres, que habían sufrido la derrota de Huaqui, que llegaban enfermos, mal pertrechados, algunos hasta descalzos, se mostraron capaces de seguir peleando y contagiaron su fervor a los soldados más jóvenes. Esteban pidió autorización y con su propio caballo, su sable y su fusil de chispa, se sumó al cuerpo de los Patriotas Decididos, al mando de Díaz Vélez.

Por las noches, en el camastro en el que dormía, dividía sus pensamientos entre el recuerdo de su enamorada y los sueños de libertad, para ella y para todos. Ya había intervenido en varias escaramuzas, a las órdenes del valeroso Díaz Vélez. Los Patriotas Decididos hostigaban todo el tiempo a las avanzadas realistas, y Esteban no dudaba del éxito, por más que las fuerzas españolas fueran mayores.

A pocos días de que se cumpliera el segundo aniversario de la revolución, Esteban estaba en los cerros, peleando junto a los Patriotas Decididos. Allí se enteró de que Belgrano estaba organizando, junto con el cura Gorriti, una misa extraordinaria. En la propia catedral de San Salvador, según se decía en voz baja, Belgrano haría bendecir la bandera celeste y blanca, la enseña que había creado para diferenciar a los patriotas de los españoles. Era todo un símbolo, y un gesto que a los jujeños, en su mayoría religiosos, los terminaría de convencer de que el general era el hombre adecuado para guiarlos. Esteban tenía por Belgrano una admiración absoluta. Estaba convencido de que ese hombre

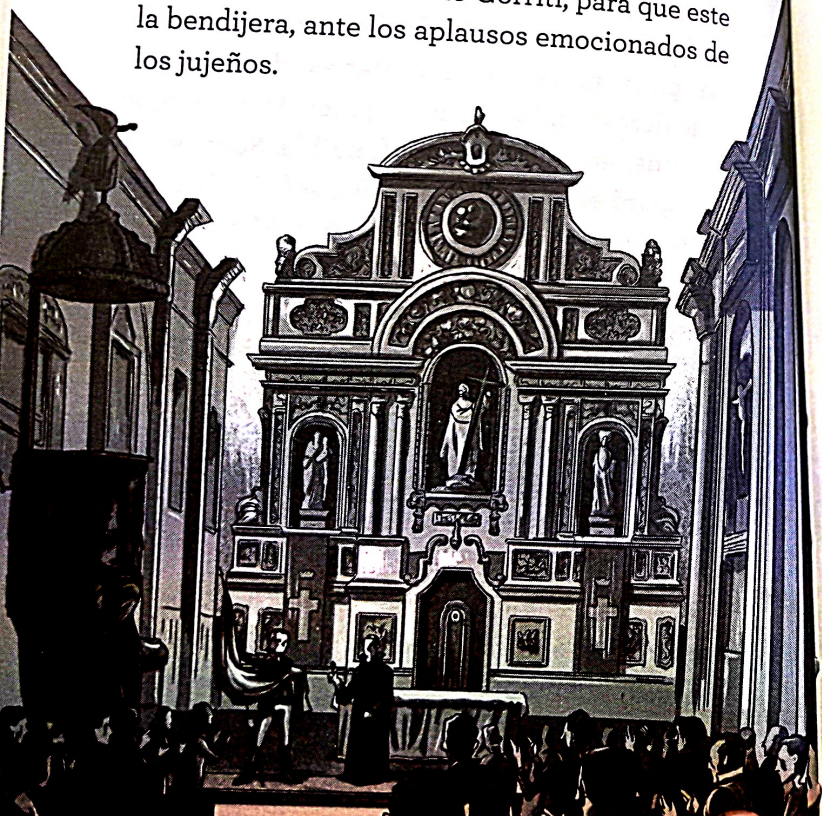
los conduciría a la victoria, aunque para eso tuvieran que sufrir.

El 24 de mayo de 1812, tras una incursión en los cerros en la que los Patriotas Decididos hicieron retroceder a los españoles y les tomaron un cañón y una bandera, Esteban y sus compañeros entraron a la ciudad, que estaba convulsionada por la inminente misa. En uso de un día de franco, el joven soldado decidió salir a caminar por la plaza para disfrutar así de un merecido descanso. De pronto le pareció ver, en una esquina, una silueta inconfundible. Sorprendido, apuró el paso. Allí, con una sonrisa radiante, lo esperaba Diamantina. Aprovechando que los patronos de La Paloma habían huido hacia el Norte, la esclava había decidido escapar de la hacienda; como tantas mujeres, acompañaría a las tropas, las seguiría, pelearía con ellas.

Un rato después, con Diamantina de la mano, Esteban se presentó ante el coronel Díaz Vélez. Muchos hombres los miraron con asombro. Se podía ser revolucionario, se podía luchar y morir por las nuevas ideas, pero todavía costaba mucho aceptar que un hombre blanco se pasara del brazo de una mujer negra. Si Díaz Vélez se sorprendió, supo disimularlo. Les dio la bienvenida, y le dijo a Esteban que la nueva

voluntaria podía pelear como la valiente Juana Azurduy, que ya era una leyenda en todo el Norte. Y como tantas otras.

Al día siguiente, desde los últimos puestos de la catedral, Diamantina y Esteban, siempre de la mano, siguieron emocionados el momento solemne en que el general Belgrano presentaba la bandera al vicario Gorriti, para que este la bendijera, ante los aplausos emocionados de los jujeños.



Durante el tiempo de aprendizaje de Diamantina, tiempo de lucha y también de amor, los españoles que comandaba el general Pío Tristán se acercaban peligrosamente a la ciudad de Jujuy. Enterado de esta situación, el Triunvirato, que gobernaba desde Buenos Aires, ordenó al Ejército del Norte que retrocediera hasta Córdoba, dejando tras de sí la tierra arrasada.

Esteban, como tantos jujeños, escuchó acongojado la proclama de su general. Las casas debían abandonarse, los sembradíos que no pudieran ser cosechados y transportados debían ser incendiados, al igual que los bienes que la gente no pudiera llevarse; los animales serían arriados: muchos de ellos, por cientos, morirían

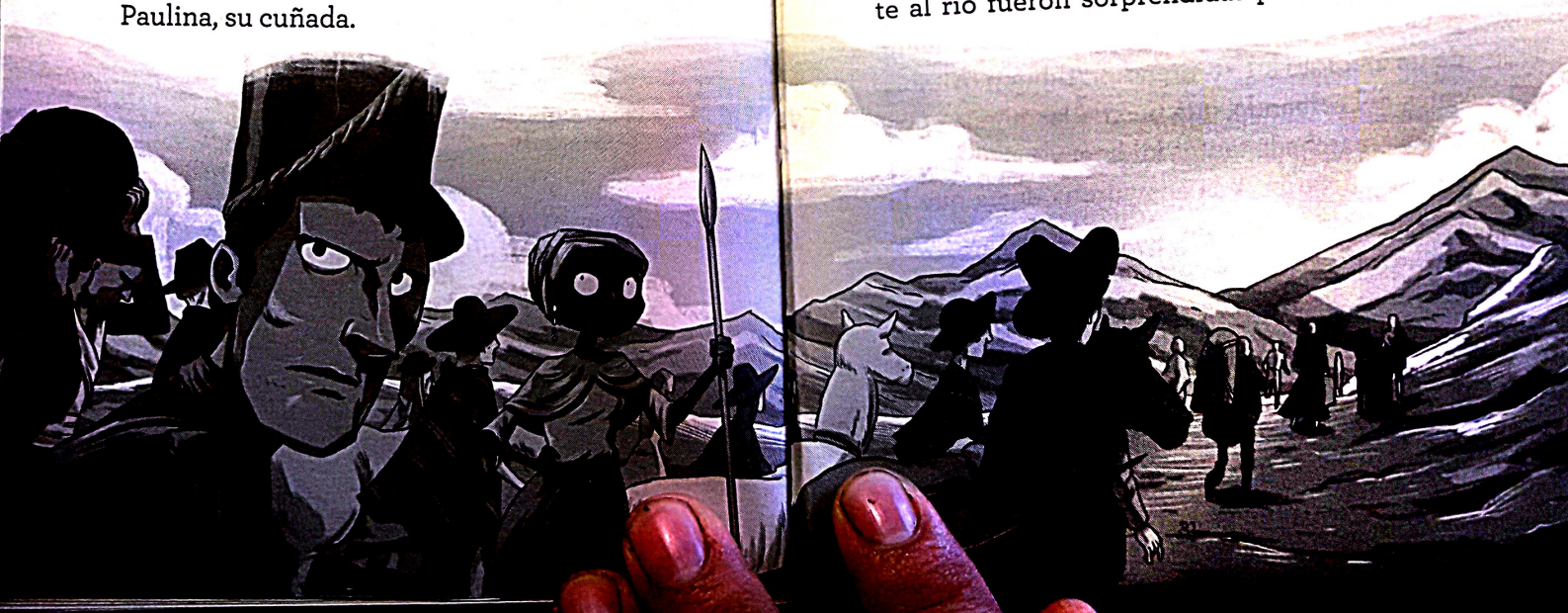
en el camino. Ochocientos kilómetros separaban a Jujuy y a los jujeños del destino fijado por el gobierno porteño; sería una odisea, y por eso, y a su pesar, Belgrano fue inflexible. Había que cumplir la orden, y el que se negara sería fusilado.

Durante el doloroso éxodo, los hermanos Briuzuela se reunieron en la vieja casa paterna. Esteban le explicó a Juan cuál era la orden. Juan no dudó un instante. Reunió sus cosas en un carro, arrió los pocos animales que los Peñalba no se habían llevado, cosechó lo que pudo e incendió lo demás. Su mujer, con un embarazo muy avanzado, lo acompañó en el liderazgo. Esteban se sintió orgulloso de su hermano y más aún de Paulina, su cuñada.

Frente al rancho que quedaba vacío, los hermanos se fundieron en un abrazo. Juan, su mujer embarazada y su pequeño hijo, como tantos otros jujeños, formarían parte del durísimo éxodo. Esteban y Diamantina, con los jinetes de Díaz Vélez, cuidarían la retaguardia.

Tras diez días de marcha forzada, la retirada se detuvo. Esteban oyó sorprendido la orden del coronel Eustoquio Díaz Vélez: a las orillas del río Las Piedras, los Patriotas Decididos y otros valientes que formaban la retaguardia del éxodo darían batalla. Ese era un punto muy favorable para resistir, y lo aprovecharían.

Apenas las tropas españolas asomaron frente al río fueron sorprendidas por la caballería



de Díaz Vélez. Esteban peleaba preocupado por su mujer, que tenía ese día su bautismo de fuego. Sin embargo, cuando la lanza corta que manejaba Diamantina interceptó la espada de un español que lo atacaba, y luego lo derribó para siempre, Esteban comprendió que ella ya era un soldado más, una combatiente a quien podía confiarle la vida.

Pocos días después, el éxodo llegó a Tucumán. Tres enviados de la ciudad pidieron entrevistarse con Belgrano. El general, que tenía muy presente el triunfo de Díaz Vélez en Las Piedras, decidió entonces aceptar lo que los enviados le pedían. Desobedecería la orden de bajar a Córdoba y, junto a los tucumanos, daría batalla.

La importante reunión ya terminaba cuando un alboroto los sorprendió. Alguien gritaba, cerca del comando, que una de las jujeñas que habían marchado tantos kilómetros acababa de parir a un varón. Y la comadrona decía que la madre había pedido que el chico se llamara Manuel, en homenaje al comandante. Conmovido, Belgrano decidió que sería el padrino del pequeño Manuel Brizuela. Y también que esa era la última señal que enviaba la Providencia. Ya no quedaban dudas: tenían que combatir.

El 24 de septiembre de 1812, nueve días después del nacimiento de Manuel, las tropas de Belgrano dieron cara al ejército de Tristán, que los doblaba en número. La caballería a cargo de Díaz Vélez ocupaba el flanco izquierdo de las tropas de Belgrano. Entre los jinetes que cuidaban ese flanco se formaban los hermanos Brizuela, junto a Diamantina, por supuesto.

La batalla duró dos días terribles. Una carga de caballería comandada por el coronel Juan Ramón Balcarce causó la primera desbandada del ejército español, que sin embargo se rehizo y en un determinado momento avanzó sobre el centro de las tropas criollas, confundiéndolas y tomando prisioneros. Desde su lugar de lucha,

Los hermanos y la joven muchacha, al mando de Díaz Vélez, participaron de la toma de cañones y armas abandonados por los españoles. También fueron testigos, cuando la batalla se tornó desfavorable, de un suceso al que muchos consideraron milagroso: una enorme manga de langostas apareció de improvviso, confundiendo por igual a españoles y criollos. Sin embargo, cuando los criollos vieron que eran los españoles los que, sorprendidos, perdían sus lugares, sus armas y pertrechos, decidieron que las langostas también estaban peleando por el ejército revolucionario, y redoblaron los ataques. Juntos, patriotas y langostas, pusieron en fuga a buena parte de las tropas realistas.

Al final de la segunda jornada de lucha, el triunfo de Belgrano y sus patriotas había sido total.

Cubiertos de tierra, heridos aquí y allá, pero a salvo, Diamantina, Esteban y Juan se reunieron con Paulina, y todos festejaron en las calles de la heroica Tucumán. Ellos no podían saberlo, pero habían participado de la victoria más importante de la guerra de la independencia.

10

El triunfo de Tucumán modificó las cosas para todo el Norte argentino, y no solo para el Norte. En Buenos Aires, el Primer Triunvirato sería reemplazado por otro, y Belgrano y su gente recibirían el premio que más esperaban: se había anulado la orden de seguir hacia el Sur y, por el contrario, se la había cambiado por la de regresar hacia el Norte, hacia el propio terruño, a recuperar lo que habían abandonado. Los Briuzuela y sus mujeres festejaron la noticia. Ellos, por supuesto, no tenían nada que ver con las decisiones que tomaban los gobernantes: solo sabían de su sentimiento de libertad y del amor a su tierra. Volver a Jujuy, como vencedores, era una combinación perfecta de las dos cosas.

No sería fácil, desde luego. Pasarían varios meses hasta que el Ejército del Norte llegara a Salta, donde, una vez más, se enfrentaría a las tropas realistas, otra vez superiores en número y armamento.

El 20 de febrero de 1813, nuevamente los hermanos Brizuela y Diamantina formaron parte de la caballería de Eustoquio Díaz Vélez. El coronel, segundo jefe de las fuerzas de Belgrano en la batalla, fue herido de un disparo apenas comenzada la contienda, pero no por eso dejó el campo. Su ejemplo alentó a todos los patriotas, que redoblaron los ataques.

Una vez vencida la resistencia que Pío Tristán había organizado en torno al cerro San Bernardo, las tropas criollas avanzaron sobre la ciudad, donde se habían refugiado los realistas. Los combates se sucedían en las calles. Fue allí donde Juan recibió un bayonetazo que le inutilizaría para siempre el brazo izquierdo y que, al final de la batalla, lo haría merecedor, de manos del propio Belgrano, de una medalla por su valor en combate, el último que pelearía.

Vencidos los españoles en Tucumán y en Salta, el triunfo de la revolución todavía no estaba cerca, pero empezaba a vislumbrarse. Díaz Vélez fue nombrado gobernador de Salta, y sus



hombres y mujeres festejaron emocionados cuando el comandante ordenó que la bandera celeste y blanca flameara por primera vez en un balcón del Cabildo de esa ciudad.

Los Brizuela y sus mujeres, como todos los pobladores que habían abandonado sus casas y sus tierras en Jujuy, como los soldados que habían dejado sus vidas en Tucumán y en Salta, eran parte fundamental de ese momento. Si la bandera flameaba, era por y para ellos.

Dispuestos a seguir luchando, Esteban y Diamantina se sumaron al cuerpo de Pardos y Morenos, y con ellos, al mando del coronel Superí, se mostraron dispuestos a seguir la marcha hacia el Norte para consolidar la revolución en el Alto Perú.

Sin embargo, antes de partir, Esteban Brizuela, con su Diamantina del brazo, se atrevió a presentarse ante el vicario Gorriti, en un momento en el que este departía nada menos que con el general. El soldado Brizuela no había vuelto a hablar con él desde la lejana mañana del incidente en una calle porteña. Belgrano tal vez lo reconoció, porque lo animó con una amiplia sonrisa. Esteban fue breve, pero firme: quería que el sacerdote los casara.

Bajo la atenta mirada de Manuel Belgrano, sus dos soldados fueron casados en una breve

ceremonia. Nunca antes, en las tierras que luchaban por su libertad, se había consumado un matrimonio semejante.

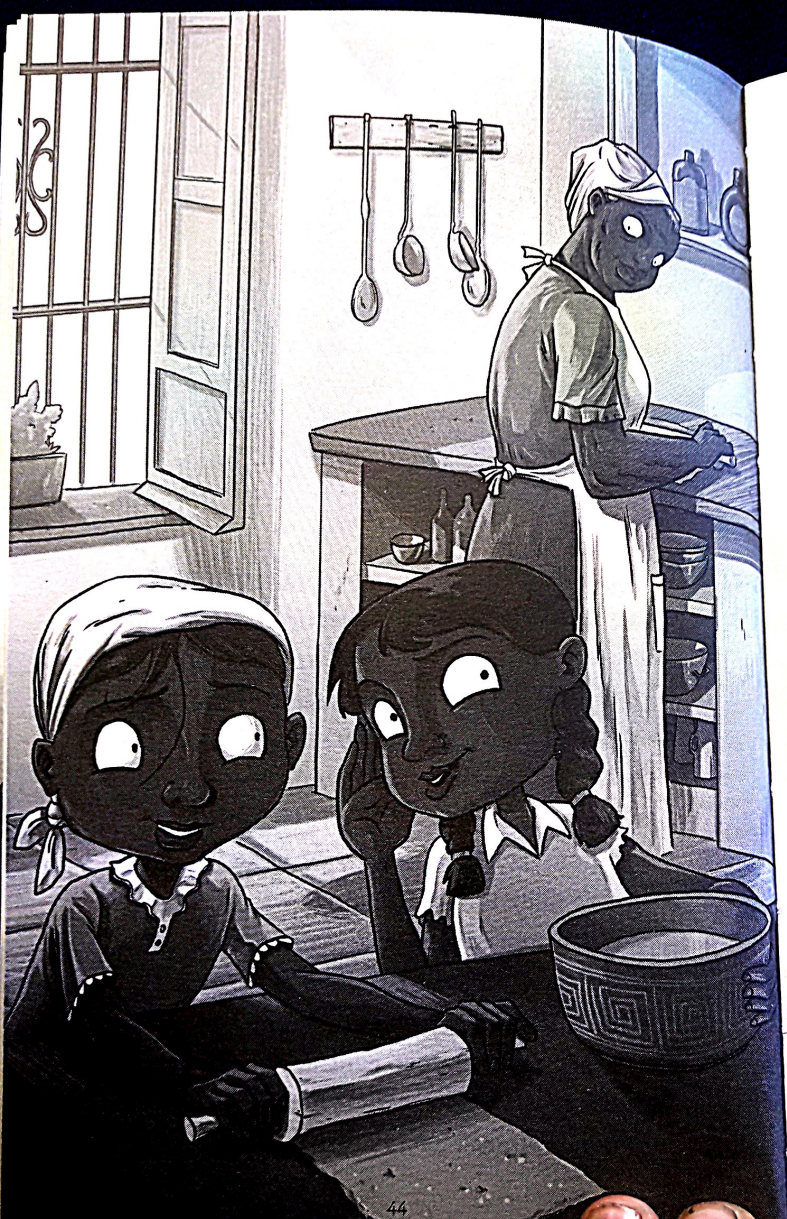
Todos los integrantes del Ejército del Norte, empezando por Gorriti y por Belgrano, sabían que ese mismo año la Asamblea había dispuesto que los hijos de esclavos nacerían libres. Diamantina y Esteban lo sabían mejor que nadie.

¡Tenemos patria!

Ana María Shua

Para las empanadas, no hay como la negra Eulogia, y ella lo sabe. Esta noche no es una noche cualquiera en la casa de los Guzmán Molina, y Eulogia también lo sabe. Por eso se esmera más que nunca y controla con ojo severo la conducta de las dos negritas, María y Jesusa, que trabajan bajo sus órdenes.

Las muchachas cuchichean y se ríen. Ya quisieran ellas tener su mano para preparar la masa. La receta es fácil y la cocinera no la oculta: se deshace en agua caliente, algo salada, un trocito de levadura, y con esta agua, echándola poco a poco en el hueco central del montón de harina y revolviendo se va formando una masa dura que se amasa hasta unirla toda. Entonces,



mientras se soba, se le va echando grasa de chanco sacada del tocino frito. Y se la amasa más y más hasta que se vuelva suave y blanda. Después, se la cubre con un mantel doblado y se la deja una hora. Es fácil decirlo, pero ¿qué manos saben sobar la masa como las manos de Eulogia? Es fácil decirlo, pero no hacerlo.

Y claro que no es una noche cualquiera: es la noche del 9 de julio de 1816. Hoy ha sido un día de gloria para todos los que soñaban con la independencia de la patria. "Qué palabra rara, patria, es como si llenara la boca", piensa doña Tomasa, la joven esposa del abogado Guzmán Molina. *Patria*: una palabra tan nueva, que hasta hace poco ni siquiera existía. Catorce años tenía Tomasa cuando llegaron las increíbles noticias desde Buenos Aires, ese junio de 1810. Ahora es una mujer grande, ya con seis años de casada y dos niños, un varón y una chiquita que lleva su nombre.

Los vecinos de Tucumán se han puesto de acuerdo en que el gran festejo para celebrar la independencia será el 25 de julio, pero esta noche, a pedido de su marido, ella prepara un convite en su casa, al que vendrán varios congresales. Entre ellos, Narciso Laprida, el representante de San Juan, a quien le ha tocado (iqué

afortunado!) presidir la sesión histórica de hoy. Las deliberaciones han durado nueve horas y los hombres deberían estar agotados, pero ¿quién puede dormir en una noche así? Doña Tomasa le ha ordenado a la negra Eulogia que prepare empanadas como para veinte personas. Y que por favor no se olvide de armar una fuente aparte con algunas que no lleven aceitunas; eso es algo muy pero muy importante, porque al señor Laprida no le gustan las aceitunas.

A pesar de que se siente una mujer con tanta experiencia ya, a doña Tomasa, con sus veinte años, no le resulta fácil manejar a la negra Eulogia. Pero en noches como esta, en que va a poder lucirse con sus empanadas, su loco, sus huevos quimbos y sus pastelitos de membrillo, está muy contenta de tenerla en su casa. En toda la ciudad de Tucumán, con sus doce manzanas y sus cuatro iglesias, nadie cocina como Eulogia.

Mientras tanto, en la cocina, Eulogia soba la masa como solo ella sabe hacerlo y las dos chicas tratan de imitarla. ¡Son tan jóvenes! Eulogia es casi una anciana, aunque gracias al trabajo constante en la cocina y en las tareas domésticas, todavía tiene fuerza en los brazos. Ella misma no está muy segura de cuántos años tiene, aunque ya de grande se preocupó por saber

cuándo la entregó en Buenos Aires el barco negro en el que vino desde el Congo. Lo pudo averiguar porque fue justo el año de la gran inundación. Y nunca se olvidó. Eulogia no sabe leer ni escribir, pero no se olvida de nada: fue en 1771, ella era una niña y se llamaba Abiba. A veces pronuncia en secreto su nombre africano, su nombre prohibido. "Abiba", se dice a sí misma, "soy Abiba".

Tampoco olvida el nombre de su madre, que murió en el viaje terrible desde el Congo, en un barco portugués. En la bodega se amontonaban negros de muchos pueblos y naciones. Su madre se llamaba Ngorogoro y la mató una enfermedad de la que se contagiaron muchos y que hizo maldecir en todas las lenguas al capitán portugués, que veía perderse su mercadería antes de llegar al punto de venta.

Las negritas que trabajan con ella han nacido aquí, en estas provincias: no se imaginan la ventaja que es haberse criado ya ladinas, es decir, hablando el español. Ella era negra botal cuando llegó al Río de la Plata, no hablaba más que su idioma africano. Después de que la vendieron aprendió el español a fuerza de golpes, en casa de sus amos, con ayuda de los otros esclavos.

Tuvo suerte. Los Serrano trataban bien a la servidumbre. Los esclavos tenían sus habitaciones en el patio de atrás, comían lo suficiente y rara vez se los castigaba con azotes. ¿Cuántos años tendría ella en ese entonces, así como cuentan sus años los blancos? ¿Ocho? ¿Diez? La cocinera de la casa, una negra yoruba gorda y alegre, la tomó a su cargo y le enseñó lo primero que tenía que saber: el idioma español, la religión cristiana y a cebar mate, que fue su primer trabajo en esa casa. Con el tiempo, la negra Carolina le tomó cariño y terminó por enseñarle también muchos secretos de cocina.

Eulogia cree en Dios, cree en Jesucristo y en la Virgen María, y se estremece al pensar que podría haber vivido toda su vida sin ser cristiana. "Eso fue lo único bueno de ser esclava", piensa. Si se hubiera muerto sin convertirse en una católica creyente, podría haberse ido al infierno. Eulogia se imagina el infierno como la mismísima cocina en la que ella trabaja, con los diablos como cocineros. El infierno, piensa a veces, debe ser una eterna esclavitud.

Los invitados todavía no llegaron. Esta noche la cena será más tarde que de costumbre. La dueña de casa acuesta a sus niños, una tarea que habitualmente le corresponde a la negrita María, pero no hoy, porque todas tienen que trabajar en la cocina. Los chiquitos están contentos y le piden a su mamá que les cuente un cuento.

—Esta noche —dice doña Tomasa—, les voy a cantar una canción.

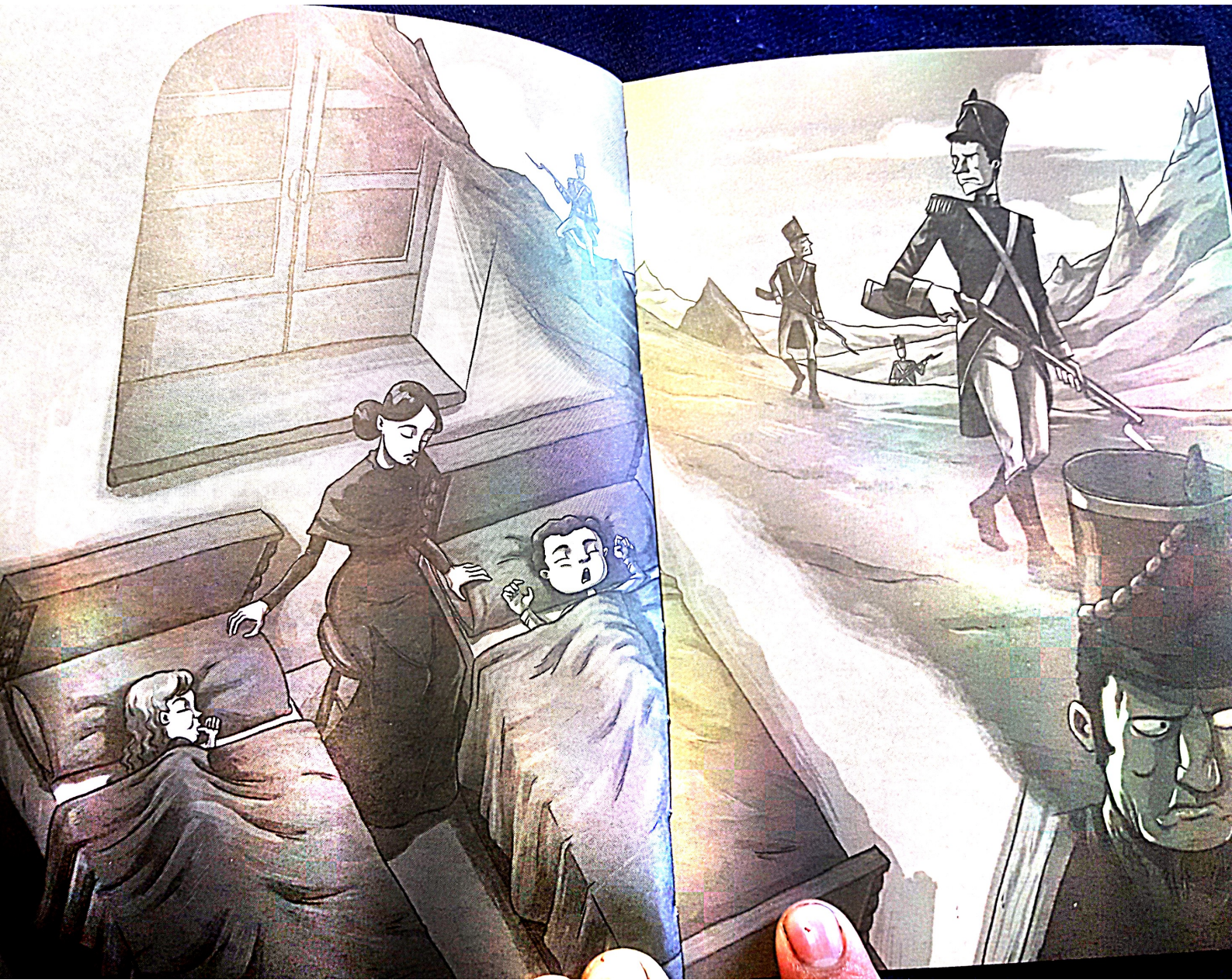
Y les canta un par de estrofas de una canción nueva que se ha puesto muy de moda en todos los salones, una canción que habla de la patria y de la libertad y sin embargo es lo bastante suave y lenta como para ayudarlos a dormir. Se llama "La condición":

*Condición de patricia, femenil condición,
es sentir que por la patria late el amor.
Condición de patricio, varonil condición,
es saber ser su fiel defensor.*

—Y cuando yo sea grande —pregunta Rodrigo—, ¿voy a poder ir a pelear contra los españoles con el ejército del general San Martín?

—Cuando seas grande, mi vida, ¡espero que ya no haga falta! —suspira su mamá.

A doña Tomasa le preocupa la suerte de su hermano Bernardo, tan joven y tan entusiasmado



con la causa, que ha viajado a Mendoza para alistarse como oficial en el ejército que cruzará los Andes para liberar a Chile. ¡Qué locura! Tomasa trata de compartir la alegría y la emoción de su marido y de su hermano, pero a veces no deja de preguntarse por qué los hombres siempre tienen que matarse entre ellos.

¿Acaso no es una locura también haber decretado así nomás la independencia? Tomasa presenció muchas discusiones en su casa en los últimos días. No todos estaban de acuerdo en que fuera tan buena idea. Chile está en manos de los realistas. El ejército enemigo acecha desde el Alto Perú, ay, después de tantos fracasos militares, qué desastre. Brasil sigue siempre bajo la corona de Portugal. Y encima tienen ahora el problema del caudillo de la Banda Oriental, Artigas, que ha levantado a todo el Litoral, provincias importantísimas que se negaron a mandar a sus representantes al Congreso... Pero otros pensaban al revés, que justamente era imprescindible decretar la independencia ahora mismo. Como bien había dicho la otra noche Belgrano, saboreando una de las empanadas de Eulogia:

—¿Cómo nos van a tomar en serio en Europa si seguimos sin ser un país de verdad?

—Lo mismo piensa San Martín, me escribe desde Cuyo pidiéndome que apuremos todo lo posible la decisión. ¡Como si declarar la independencia fuera soplar y hacer botellas! —le contestó el joven Godoy Cruz, representante de Mendoza.

—No será fácil, pero es más que necesario —insistió Belgrano.



Los niños ya están dormidos y Tomasa le pide a su marido, que tiene muy buena memoria, que le repita las palabras con las que se declaró la independencia. Quiere estar al tanto de todo con el mayor detalle posible, para poder seguir la conversación de sus invitados. José María estuvo allí, en la mismísima casa donde se reúne el Congreso. Muchos tucumanos quisieron estar presentes. Por suerte, en la última refacción tiraron abajo una pared y en la sala caben más de cien personas.

José María sonríe comprensivamente. ¡Su esposa es tan joven, parece tan ansiosa por quedar bien con los invitados! A sus treinta y ocho años, él ya perdió algunos bríos de la juventud y ahora es un hombre maduro y reposado. Vuelve a repetirle, lo mejor que puede, las palabras con que se preguntó a los presentes si querían la libertad.

—“¿Quieren que las provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli?”. Y todos gritamos: “¡Sí, queremos!”. Fue increíble, un grito que hizo temblar la casa, te digo que se me hizo un nudo en la garganta, Tomasa.

—¿Y quién preguntó? ¿Fue Laprida, el presidente?

—No, fue Serrano, uno de los secretarios. Mientras tanto, se ha producido un pequeño percance en la cocina. Eulogia, perdida en sus pensamientos, se distrajo por un momento, y la negrita María no tuvo mejor idea que mezclar la carne cortada a cuchillo con el huevo duro, las pasas y las aceitunas! Una calamidad. Ya deberían estar haciendo el repulgue, no hay tiempo para preparar todo el relleno de nuevo. Eulogia aparta una cantidad y les pide a las muchachas que la ayuden a limpiarla cuidadosamente de todas y cada una de las aceitunas, incluyendo los trocitos cortados.

—Pero ¿ustedes se dan cuenta de lo que se está festejando hoy? —les pregunta.

—Cosas de blancos —contesta una.

—Cosas de blancos que también son importantes para nosotras —insiste Eulogia—. ¿O no están contentas de que nuestros hijos nazcan libres, como pasa desde hace tres años?

—Sí, muy libres, pero hasta los veinte años se tienen que quedar trabajando para los amos... —protesta María, mientras revisa con atención su montoncito de carne.

La otra no dice nada, pero Eulogia sabe lo que piensa: su marido fue comprado por un mendocino que se lo llevó a servir al Ejército de los

Andes. Después de dos años de servicio, el negro Nepomuceno quedará en libertad. Su esposa, que tiene quince años y un bebé nacido libre, no se atreve a sentirse feliz pensando en que su marido volverá como liberto. Por el momento, tiene mucho miedo de que muera en la guerra.

* * *

Terminan de limpiar el relleno y se dedican al repulgue. Eulogia cuida de que las empanadas sin aceitunas no se mezclen con las demás. Pone a calentar el locro en la gran olla de cobre y le ordena a María que revuelva de vez en cuando.

El llamador ya está golpeando. Llegan los primeros invitados. Tomasa y José María van a abrir la puerta. Poco a poco van llegando los demás. Es una noche fría y todos traen sus capas y abrigos, que quedan en el recibidor. Pero no hay frío que pueda con el calor de la emoción y la alegría. La sonrisa de las mujeres, las carcajadas de los hombres, la forma en que repiten una y otra vez el relato detallado de los acontecimientos del día... Las negritas pasan con las

fuentes de empanadas, que todos alaban y devoran. Para el doctor Laprida, por supuesto, la fuente especial sin aceitunas. Una de las mujeres le comenta a otra, en secreto, que no ha podido convencer a Tomasa de que le preste por un día, por un solo día, a la negra Eulogia. Un grupito de hombres conversa sobre la fabricación de carretas, un negocio que funciona muy bien en Tucumán.

Y de vez en cuando todos se miran unos a otros, felices y asombrados, como para confirmar que es verdad, que no es un sueño. Ha sido un gran día, un día extraordinario. ¡Somos libres! ¡Somos independientes! ¡Tenemos patria!

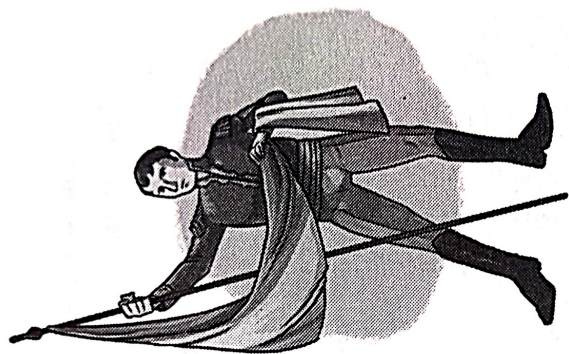
* * *

Fue un gran día, sí, pero Eulogia no tiene tiempo para festejar. Todavía queda mucho por hacer. Con ayuda de María y de Jesusa, tiene que limpiar la cocina hasta dejarla reluciente. Tiene que preparar la leña. Tiene que poner a remojar el maíz para la mazamorra que van a comer de postre al día siguiente. Y tiene que tranquilizar a su agitado corazón, empeñado en latir



con esperanza y alegría por la libertad de aquellos que son sus amos. Eulogia está convencida de que algo de esa libertad que tanto desean les va a llegar también a ella y a sus hermanos negros. ¿Acaso no le ha dado su hija un nieto libre, tan libre como el viento, como el mar?

Índice



Prólogo	5
Los patriotas decididos	7
¡Tenemos patria!	41



Mario Méndez

Nació en Mar del Plata en 1965. Estudió realización cinematográfica, es maestro, editor y escritor. Ha escrito muchos libros de cuentos y novelas por los que obtuvo diversos premios. Entre sus obras se destacan *El tesoro subterráneo*, *Cabo Fantasma* y *Gigantes* (Destacado de Alija). En Norma también ha publicado *Los buscadores del Tiyú*, en Torre Amarilla, y en Zona Libre, el cuento "Feria de las naciones", dentro del libro *Identidades encontradas*.



Ana María Shua

Nació en Buenos Aires en 1951. Ya lleva publicados más de cincuenta libros, muchos de ellos en varios países: novelas y cuentos para adultos y para niños, como *Fábrica del terror* (premio Banco del Libro de Venezuela) y *Los devoradores* (Destacado de Alija), entre otros. En Norma también ha publicado *Mariposa con hipo* y *Carozo, un perro muy especial* (colección Buenas Noches); y en Torre Amarilla, *Para atrapar al ladrón* y *Vidas perpendiculares*, que obtuvo el premio Fantasía.



Juan Pablo Zaramella

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Ha publicado en medios gráficos y ha ganado premios internacionales. Su corto "Luminaris" fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie "El hombre más chiquito del mundo".



Diego Simone

Nació en La Plata, en 1980. Es profesor en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de La Plata, ilustrador e historietista. Ha trabajado para Rolling Stone, Fox y Disney, entre otras empresas. Su novela gráfica *Guro* fue galardonada en los premios Carlos Trillo.